



**DOMINGO 31 DEL TIEMPO ORDINARIO CICLO A  
EL QUE SE HUMILLA SERA ENALTECIDO**

**Autor: Jesus Marti Ballester**

**1 "Ahora os toca a vosotros, sacerdotes: Si no obedecéis y dais la gloria a mi nombre, os enviaré mi maldición" Malaquías 1,14. La infidelidad de la clase sacerdotal obligará a Dios a cambiarles su bendición, es decir, su situación de privilegio, en maldición. Esta amenaza al estado sacerdotal de la Antigua Alianza tiene una connotación también a nuestra vocación de cristianos, que en virtud del bautismo hemos sido ungidos todos sacerdotes, profetas y reyes. A los sacerdotes aquellos se les acusa de haber invalidado la ley, por haberse apartado del camino del Señor. Nosotros cuando somos cristianos "de credo", pero no de práctica de caridad y justicia, desprestigiamos nuestra fe y alejamos a los no creyentes. El Concilio señala como una de las principales causas del ateísmo la incoherencia de los creyentes.**

**2. Hoy se es católico, apostólico y no practicante. Según las encuestas, un 90% de españoles se declara católico, pero la mayoría banaliza el sexto mandamiento en todos sus aspectos y no va a misa y se ufana de no ir por aquello de la pos-**

modernidad, o siente vergüenza de ir. El Señor había hecho una alianza con la tribu de Leví, con fines de paz, para asegurar la bendición sobre sus hijos, pero los descendientes actuales de Leví, que eran los sacerdotes, no han sido fieles a la alianza. En tiempo de Malaquías los sacerdotes arrastraban una conducta egoísta, y su escándalo alejaba a otros de la Ley. Por eso el Señor, se desentiende de su alianza y los hace despreciables y viles ante el pueblo. Olvidaban que Dios es Padre de todos y que los hijos de un mismo Padre son hermanos, "mi Dios es el Dios de mis hermanos" (san Agustín), y despreciaban y ofendían a sus hermanos. Y ambicionaban y se atribuían la gloria que Dios reclama para sí (Is 42,8. Aunque es verdad que muchos quieren ser ministros, aunque no tengan capacidad para desempeñar el cargo que ambicionan, el salmo hace eco de protesta, como deseando desmentir la realidad o corregirla: "Mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad, sino que acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre" Salmo 130, rimando con la actitud de Pablo. Lo propio del cristiano no es la altanería en palabras ni en actitudes, sino la mansedumbre y la humildad.

3. Jesús se encuentra en su tiempo un ambiente semejante al que condena Malaquías, seis siglos antes Mateo 23,1. Pocas personas han sido tratadas por Jesús con tanta dureza como los escribas y fariseos. Eran dos estamentos sociales distintos. Los escribas, teólogos, letrados, especialistas en la Ley, tenían una larga preparación, oficialmente reconocida y gozaban de gran influencia en la sociedad. Eran los educadores del pueblo, y los jueces que dictaban sentencias, pero con el mal ejemplo de su vida destruían lo que enseñaban. Aplicaban todo el peso de la ley a los demás, aunque ellos eran poco escrupulosos. Compaginaban su estudio con otra profesión, de la que vivían. Jesús no niega su autoridad, porque están sentados "en la cátedra de Moisés", pero descalifica su vida. Esto vale para todos los que ejercen autoridad o magisterio: rectores, políticos, jueces, educadores, etc. La manera más eficaz de enseñar la austeridad, es practicarla. No debe haber dos varas de medir, sino todos deben estar sujetos a la misma medida.

4 Los fariseos eran laicos piadosos, especialistas en la Ley, que interpretaban literalmente. Eran fundamentalistas, integristas e intransigentes en su interpretación. Legalistas y obstinados. Tucioristas, diríamos en términos de moral. Se consideraban intachables, puros, una casta separada de los demás. Influían en la sociedad tanto como los escribas. Eran puritanos y exclusivistas. No cumplían la ley, pero aplicaban todo su peso inhumano a los demás. Habían quitado a la Ley toda su humanidad y prescindían de las necesidades del prójimo. No tenían corazón. Por eso Jesús les llama hipócritas. Juzgaban a los demás, pero no se juzgaban a sí mismos. Exigían la perfección a los demás, pero no se preocupaban de la suya. Y

siempre actuaban de cara a la galería, para exhibirse; buscaban ser en todo y siempre los primeros; tenían ambición de figurar y de ser respetados. Llenos de soberbia y vanidad, buscaban los saludos y adulaciones en las calles y gozaban con los homenajes.

5. Jesús les dice a sus discípulos: Vosotros, no seáis así: "El primero entre vosotros que sea vuestro servidor". Así lo ha sido Pablo, que no sólo enseña y trata con delicadeza, como una madre cuida a sus hijos, sino que entrega su propia persona, con esfuerzos y fatigas, trabajando día y noche para no cargar a nadie Tesalonicenses 2,7.

6 Parece que Jesús, conocedor del corazón humano, teme que en la Iglesia que está creando, se desarrolle el fariseísmo y esto le mueve a dar los avisos necesarios a sus discípulos. El traía un espíritu nuevo. Comprobaba la decadencia de los sacerdotes de la A.L. y temía que sus seguidores cayeran en los mismos pecados. Veía su gran magisterio reducido a la mediocridad y a la palabrería y temía el riesgo de que los guías del futuro se parecieran a los del pasado. Por eso cambia el concepto de autoridad, de mando y de dominación, y lo sustituye por el de servicio. Aunque tal vez temía que esta palabra un día también fuera utilizada por los ambiciosos de llegar a mandar. El ambicioso por naturaleza, si no se niega de verdad, lo será también y siempre, pretenda fines perversos o los pretenda buenos y honrados. Siempre tenderá hacia el cargo superior, aunque sea de servicio. Servir, si es posible, mejor en la universidad que en las misiones. Y se estudia para eso y, sobre todo, se tiene habilidad para eso, y no duele rebajarse y dedicar tiempo y esfuerzo en la búsqueda de los medios conducentes a escalar. Jesús temía que sus sucesores fueran más seguidores de los fariseos que de él. Pero hay que tener idea clara de lo que significa servicio. El médico sirve cuando estudia para acertar el diagnóstico. Los apóstoles, no administrando, ni barriendo, sino entregados al servicio del ministerio de la oración y la Palabra, porque nadie debe enseñar si antes no practica. El buen ejemplo es el mejor predicador. Y San Agustín escribió: "Bonus orator, sit bonus orator". El Papa San León Magno, escribía a mediados del siglo V que, aunque en Roma veía muchos sacerdotes, había pocos sacerdotes. Y hace poco los religiosos de los Países Bajos han escrito: "Nos encontramos en un período de oscuridad y pobreza que nunca habíamos imaginado. Somos pobres en fe, en vida espiritual, en vida de oración y en estima en el mundo". Y en España una Orden determinada en un Capítulo General se confirmó que: "hemos de confesar humildemente que en la Iglesia damos "poco testimonio de oración".

7 Las últimas parábolas que hemos leído los domingos anteriores, eran indirectas, que habían fracasado. Por eso hoy Jesús ha pasado al ataque directo, hasta llegar a decirles

“sepulcros blanqueados”. A partir del versículo 13 de este capítulo 23 de Mateo, siguen los siete ¡Ayes! que culminan el feroz ataque de Jesús a los escribas y fariseos, que utilizaban su doctrina como su propio pedestal, y ni siquiera se la replanteaban ante las palabras de Jesús. Y le hostigan hasta la muerte, con su esfuerzo pelagiano, que no cuenta con la gracia. Tienen la hipocresía del falso celo por la santidad de los demás y utilizan a Dios para enaltecerse ellos. Se aferran a la ley, casuística estéril: "Diezmáis la menta, el anís y el comino, pero descuidáis lo más importante: la justicia, misericordia y la lealtad. Coláis el mosquito y os tragáis el camello" (Mt 23,23).

8. La relación maestro-discípulo en ciertas categorías profesionales, médicos, juristas artistas, a las propias referencias se antepone el nombre del maestro en cuya escuela uno se ha formado, referencia más importante en el tiempo de Jesús, en que no había libros y toda la sabiduría se transmitía por vía oral, de maestro a discípulo. Por eso Jesús dijo que «no está el discípulo por encima del maestro» (Mat 10,24). Si todo lo que uno sabe, lo sabe por el maestro, pues en cuanto discípulo, no puede saber más que el maestro. Hoy, el discípulo vive en su casa y va sólo algunas horas a la escuela a más maestros. En tiempo de Cristo, el discípulo vivía con el maestro. Era una transmisión existencial o de vida, no sólo de doctrina. También, Jesús invita a sus futuros apóstoles a «estar con él», antes de enviarles a predicar. «Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13,13).

9. Jesús no es, de los maestros que «dicen y no hacen». Jesús no es como los maestros que «lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar». No es como las señales de circulación, que indican la dirección pero, ellas no se mueven ni un centímetro. Por eso, él puede decir con toda verdad: «Aprended de mí» (Mat 11,29). Jesús dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí». Jesús es la suprema y definitiva revelación de Dios a los hombres como decía san Justino mártir, que es el Logos total, en el que están encerradas todas las «semillas de la verdad», diseminadas por el mundo. Cristo es maestro de Dios y del hombre. Nos hace conocer a Dios y nos hace conocernos a nosotros mismos; pero, en estos dos conocimientos está encerrada toda la sabiduría esencial. San Agustín oraba diciendo: «Que yo te conozca a ti y me conozca a mí». El conocimiento de Dios sin el conocimiento de sí mismo conduce a la presunción de creerse iguales a Dios. Comprender es igualar. El conocimiento de sí mismo sin el de Dios llevaría a la

desesperación. En la unión de ambos consiste la verdadera sabiduría. Sobre Dios, Jesús no se ha limitado a repetir cosas ya dichas y conocidas. Nos ha revelado novedades absolutas, que sólo «el Hijo Uni-génito, que está en el seno del Padre» (Jn 1,18) podía revelar: que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es Trinidad; que es amor y por eso es Trinidad, porque con menos que entre dos personas no puede haber amor. Nos ha revelado «la profundidad de Dios» (Rm 8, 39). Sobre el hombre nos ha revelado que está destinado a ser hijo de Dios, a poseer la vida eterna, que es libre y puede decidirse por la luz o por las tinieblas, puede creer o rechazar el creer, decidiendo así su destino eterno. Pero no nos ha dicho sólo verdades abstractas sobre Dios; ni sólo nos ha revelado quién es Dios sino también lo que quiere Dios, su voluntad sobre nosotros. «Ésta es la voluntad de mi Padre...» (Jn 6, 40). El Evangelio es la revelación de este camino de Dios. Esto le recuerda al hombre de hoy la encíclica Veritatis splendor, «el esplendor de la verdad» de Juan Pablo II.

10. El hombre moderno piensa que no existe una verdad absoluta, válida para siempre. Que existen tantas verdades cuantos son los sujetos. Que la verdad es subjetiva, no objetiva. Que el valor supremo no es la verdad, sino la veracidad; esto es, la sinceridad: decir lo que se verdadero, aquello en lo que se cree, sin pretender que sea verdad. Como no existe una verdad absoluta, no existen tampoco normas morales absolutas. El hombre se inventa su moral, poco a poco, a medida que progresa la historia, como el río que avanzando va excavándose su lecho. La moral pues depende de la cultura: es bueno lo que en un contexto cultural la mayoría cree que es normal y bueno. Es el relativismo moral, que vemos reafirmado y aceptado y vivido en la práctica.

11. Contra este relativismo el Papa en su encíclica reafirma que existe una Verdad absoluta, porque existe Dios que es el que mide la verdad. Esta verdad esencial está grabada en la conciencia. Pero, dado que la conciencia se ha deformado por el pecado, por las costumbres y los ejemplos contrarios, Cristo, que ha venido a revelar de forma clara la verdad de Dios en el mundo; que encarna en sí mismo esta verdad y que ha confiado a la Iglesia y a su magisterio, predicarla a las mudables situaciones de la vida. Pero, es sobre todo el Espíritu Santo, el «Espíritu de la verdad». el que nos guía hacia la verdad plena y el que nos recuerda lo que Jesús ha dicho. Él es el maestro interior, sin el que se leen o se escuchan en vano las palabras, que nos llegan desde fuera. Él confiere la unción, que «enseña toda verdad» (1 Jn 2,27). Antes de subir al cielo, Jesús dijo a sus apóstoles: “Id, y haced discípulos a todas las gentes... enseñándoos a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mac 28,19).

12. Si los discípulos deben «enseñar» y «hacer discípulos» (Mt

28, 19), es porque han sido promocionados como maestros, en cuyo nuevo deber de maestros, los apóstoles y sus sucesores y, en cierto sentido, todos los bautizados, deben imitar a su maestro. En-señar con el ejemplo, amar a quienes son llamados a recibir la verdad, que se transmite sólo con la caridad, lavando los pies a los propios discípulos, es decir, con espíritu de servicio y no de dominio. Es lo que Jesús recomienda: “El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”.

13. Acojamos "la Palabra de Dios, no como palabra de hombre, sino, cual es en verdad, palabra de Dios, que permanece operante en vosotros los creyentes".

**JESUS MARTI BALLESTER**

**[www.jmarti.ciberia.es](http://www.jmarti.ciberia.es)**

**[jmarti@ciberia.es](mailto:jmarti@ciberia.es)**

**Pedro Sergio Antonio Donoso Brant**

**[www.caminando-con-jesus.org](http://www.caminando-con-jesus.org)**

**[p.s.donoso@vtr.net](mailto:p.s.donoso@vtr.net)**